



*John Silence,*  
*investigador de lo oculto*

*ALGERNON BLACKWOOD*

**Algernon Blackwood** (Kent, 1869-1951) pertenece, al igual que M.R. James, E.F. Benson, Lord Dunsany, Machen o Hodgson, a la estirpe que fraguó en el cambio del siglo XIX al XX las bases del relato de fantasmas y la ficción extraña contemporáneas, haciendo evolucionar los viejos espectros vengativos y ensangrentados de la tradición gótica hacia los modernos ectoplasmas y poltergeist.

Amante de la Naturaleza salvaje y los mitos clásicos, Blackwood acabará convirtiéndose en un autor popular y una estrella de la radio, medio que utilizó para divulgar sus ideas y relatos fantásticos. Desde joven Blackwood sintió una poderosa atracción e interés por la mística oriental, hinduismo y budismo, y por el espiritismo. Escritor, periodista, viajero, deportista y aventurero, se afilió a los veintiún años a la célebre sociedad ocultista de la Golden Dawn. Publicó relatos fantásticos en diversas revistas, historias que reunió más tarde en libros como *The empty house and other ghost stories* (1906), o el presente volumen, **John Silence, investigador de lo oculto** (1908), con el que adquirió una gran popularidad.

Emparentado con otros detectives de lo oculto, como Martin Hesselius de LeFanu, Van Helsing de Stoker o Carnacki de Hodgson, John Silence posee genuinos poderes psíquicos que le permiten moverse en el plano astral o comunicarse telepáticamente con sus clientes, así como algunas características del inmortal Sherlock Holmes. Incluye la presente edición una obra maestra del relato fantástico: «*Antiguas brujerías*», también otras destacadas historias del género como «*Culto secreto*», «*La némesis del fuego*» o «*El campamento del perro*». La capacidad de Blackwood para describir poéticas ensoñaciones fantásticas, escenarios naturales que se tornan sutilmente en sobrenaturales, mantiene al lector absorto, hipnotizado e incluso abducido hacia

el interior de una vorágine de sueños, deseos y vidas pasadas enormemente cautivadora.

## Prólogo

### Silence is Golden. Algernon Blackwood, John Silence y la realidad oculta

*«... permítame añadir que todavía no me he encontrado con un problema que no sea natural, y que no tenga una explicación natural. Es sólo una cuestión de cuánto conoce uno... y cuánto está dispuesto a aceptar».*

**Algernon Blackwood**, *La némesis de fuego*.

## I

Dos grandes maestros de la literatura de lo extraño, M. R. James y H. P. Lovecraft, se mostraron siempre extremadamente cautelosos acerca del recurso a lo esotérico y a la Ciencias Ocultas en la *praxis* del cuento de horror. Auténticos ingenieros del relato de fantasmas en la estela de Poe, un exceso de explicaciones racionales (o pseudo-racionalistas, si se prefiere), de terminología paranormal y paraferna-

lia ocultista, les parecía contraproducente, algo que desterraba el misterio y la ambigüedad fundamentales para la creación de una efectiva atmósfera ominosa y terrorífica, lastrando la acción de la historia con innecesaria verborrea experta, a menudo críptica y antiestética. Unas pinceladas de esoterismo podían ser justas y necesarias, aportando cierta dosis de verosimilitud a la más descabellada fantasía, pero un abuso de las mismas acabaría por tener el mismo efecto que un pintor de brocha gorda que intenta plasmar una miniatura y lo emborrona todo groseramente. En términos generales, tiendo a estar perfectamente de acuerdo con esta postura, y a menudo puede apreciarse que algunos escritores del género como Dennis Wheatley, Seabury Quinn o Sax Rohmer, por no hablar de otros que como Madame Blavatsky o Aleister Crowley procedían directamente del medio ocultista pero también cultivaron la ficción fantástica, dañan su ritmo narrativo y poder terrorífico con digresiones menos que más justificadas, llenas de retruécanos y lugares comunes esotéricos, a veces abundando incluso en molestos errores de bulto que en lugar de beneficiar el realismo de la narración despiertan la desconfianza y el rechazo del lector mínimamente conocedor de la materia.

Pero siempre hay una excepción a la regla –seguramente hasta habrá una excepción a esta regla excepcional–, y en este caso, pese a la opinión ligeramente reprobatoria de Lovecraft (quien por otro lado también declara su admiración por la mayoría de sus obras en las páginas que le dedica en su conocido ensayo *El horror sobrenatural en la literatura*), tiene un nombre propio: Algernon Blackwood

Justamente considerado uno de los grandes del relato fantástico y de terror moderno anglosajón, Algernon Henry Blackwood (1869-1951) pertenece a esa estirpe británica especialmente significativa y esencialmente elegante que fraguó en el cambio del siglo XIX al XX los elementos constitutivos principales del cuento de fantasmas y la literatura de lo extraño contemporánea. Casi a la par que M. R. James, W. W. Jacobs, Arthur Conan Doyle, Henry James, E. F. Benson, William F. Harvey o Hugh Walpole, pero, muy especialmente, junto a lord Dunsany, Arthur Machen, Robert W. Chambers, M. P. Shiel y William Hope Hodgson, Blackwood sentó las bases de una narrativa fantástica y asustante que introducía la tradición gótica victoriana en el meollo de la modernidad, dando el paso definitivo entre los viejos espectros vengativos y ensangrentados, con aires de melodrama isabelino, y los ectoplasmas, *poltergeists* y criaturas elementales o fenómenos extraños pertenecientes no a la esfera de lo sobrenatural en sentido estricto, sino más bien de lo metafísico, metapsíquico y pseudocientífico, procedentes de dimensiones o niveles de realidad invisibles para el ojo humano, pero no por ello menos reales y «naturales». Es, por tanto, uno de los principales artífices del cuento de terror «materialista», en el sentido de que sus fantasmas, demonios o seres aparentemente fantásticos no son en realidad sino criaturas o epifenómenos de otros órdenes distintos de la creación, que al ser humano se le aparecen como manifestaciones divinas o infernales, debido a la distancia física, espiritual y mental que nos separa de ellos, pero en verdad perfectamente explicables e inteligibles en sus propios términos de realidad, cuando se tienen las claves adecuadas, los conocimientos del Iniciado, que permiten acceder precisamente a esas otras realidades superiores (o inferiores), que escapan a la percepción del hombre normal y corriente.

Sin embargo, hay que tener sumo cuidado al emplear el término «materialista» respecto a la obra no sólo de Bla-

ckwood, sino de la mayoría de sus compañeros de viaje ya citados. Nada podría estar más lejos de la sensibilidad del creador de John Silence que el materialismo. Imbuido de la atmósfera espiritual y mística de su tiempo, en abierta rebeldía contra el rampante triunfo del maquinismo propio del apogeo de la Revolución Industrial, Blackwood, como Machen, Yeats o Doyle, profesa una auténtica fe en la naturaleza trascendente del ser humano, y encuentra en las ciencias modernas, en los sorprendentes avances de las matemáticas, el psicoanálisis, la física cuántica, la microbiología y la astrofísica, o en descubrimientos e invenciones como la telefonía, la confirmación de que ese mundo espiritual que la religión ha intentado convertir en su patrimonio exclusivo, repartiéndolo a diestro y siniestro según sus oscuros designios e intereses, poco o nada espirituales, es una realidad objetiva más allá de la vulgar existencia cotidiana que nos rodea y oprime, a la que puede accederse con la apropiada actitud y evolución psíquica, y que no es también sino la mística y fabulosa realidad intuida por los mitos clásicos y el folclore popular, las creencias mágicas, tradiciones y leyendas ancestrales, el sustrato universal que se esconde en toda religión originaria y, en definitiva, ese Otro Mundo que se encuentra más allá del físico y material, más allá del velo de maya.

Un orden superior y trascendente al que estamos destinados de una u otra forma, y que imbuye e insufla con su hálito todo lo que existe. Todas las manifestaciones, terribles o hermosas, malignas o maravillosas, que irrumpen en nuestro universo, rompiendo brutal o sutilmente el tejido de la realidad cotidiana, provocando nuestro horror y fascinación, a menudo inseparables, proceden de ese dominio superior (o de otros inferiores igualmente inasibles), y son prueba irrefutable de su existencia. Por tanto, el materialismo de Blackwood lo es sólo en relación a la naturaleza primitivamente religiosa e incluso supersticiosa del viejo cuento de fantasmas, que todo lo achaca a Dios y al Diablo, a

demonios o espectros vengativos, maldiciones y hechizos, engaños y ficciones interesadas de la religión organizada y sus secuaces, mientras que el moderno Iniciado lo entiende y explica, a la luz aportada por la revolución científica, en términos propios del Espiritismo, la Teosofía, el estudio de lo paranormal, el panteísmo neopagano, la magia ritual entendida como Ciencia Oculta y las tradiciones místicas tanto orientales como occidentales.

Aunque Algernon Blackwood, como Machen, Lord Dunsany, Shiel o Chambers, está justamente considerado uno de los antecedentes directos de H. P. Lovecraft y, especialmente, de sus universalmente conocidos Mitos de Cthulhu, hay una diferencia fundamental con éste, que explica también el ligero rechazo del Maestro de Providence hacia el estilo narrativo del primero: lo que para Lovecraft es sólo parafernalia ocultista que utilizar como artefacto técnico que aumente o dote de mayor poder terrorífico a sus ficciones, y por demás casi siempre explicable en términos, aquí sí, estrictamente materiales y materialistas (los dioses y monstruos de H. P. L. son fundamentalmente criaturas alienígenas tan físicas como nosotros, por más que sean inmensurables, indescriptibles, repulsivas y poderosas en un grado superlativo), es para Blackwood una parte indisoluble del relato, que funciona como exposición ficcional pero sincera de sus ideas espirituales y metafísicas. Frente al nihilismo fatal y desesperanzado de Lovecraft, nuestro autor mantiene una actitud optimista última, incluso ante los horrores más siniestros y los más arcanos terrores, de fe en la existencia de un progreso espiritual constante y un equilibrio cósmico que aunque poco o nada tiene que ver con las ideas religiosas ortodoxas del más allá, pone de manifiesto la necesaria realidad de un orden superior.



No debe chocarnos demasiado la actitud abiertamente espiritual de Blackwood, que no sólo no le impide evocar literariamente los miedos más profundos y los terrores más sutiles y escalofriantes, sino que, contraviniendo las consejas de M. R. J. y H. P. L., le permite inusualmente dotarlos de un mayor y más poderoso sentido de lo siniestro, que atrapa al lector y le acompaña durante mucho tiempo una vez terminada la lectura de sus obras. Porque Algernon Blackwood fue un auténtico aventurero tanto en el plano místico como en el físico. Un viajero que se vio en todo momento envuelto en una intensa búsqueda espiritual, sin por ello perder nunca de vista un pragmático sentido común y un elegante sentido del humor sanamente británicos, que le convierten en una de las figuras más sorprendentes y extrovertidas de un panorama habitualmente poblado por autores malditos, tortuosos y torturados. Nacido en las postrimerías del siglo XIX, el creador de John Silence, amante de la Naturaleza salvaje y los mitos clásicos, del pasado legendario y las tradiciones ancestrales, se convertirá también en autor de *best-sellers*, estrella de la radio e incluso pionero de la televisión, que no dudó en utilizar para, con lógica implacable, divulgar sus ideas y relatos fantásticos.

Criado en Shooter's Hill, una zona antaño perteneciente al condado de Kent y hoy ya parte de Londres, su padre, un acomodado funcionario de correos, era un hombre de profundos y excesivamente rectos sentimientos religiosos, que intentó inculcar en su hijo, enviándole al cumplir los quince años a estudiar, entre 1885 y 1886, en una comunidad protestante regentada por los Hermanos Moravos en el interior de Alemania, en Königsfeld, el recuerdo de cuya severidad y austera educación es precisamente evocado con siniestra ambigüedad en su relato "Culto secreto" (*incluido en esta edición*). No cabe duda de que este empeño paterno en llevar por el recto camino de la cristiandad al joven Blackwood influyó decisivamente... en sentido inverso.

Éste no tardó en sentir un temprano interés por la mística oriental, el hinduismo y el budismo, así como por el Espiritismo, pero sobre todo en desarrollar un profundo panteísmo neopagano, una adoración por la Naturaleza como receptáculo de una divinidad difusa y omnimoda, que, por supuesto, no carece de aspectos tan oscuros y pánicos como cautivantes, lo que reflejó magistralmente en joyas del relato macabro como *Los sauces*, *Lobo corredor*, *El Wendigo*, *El hombre al que amaban los árboles* o, dentro de la serie de Silence, "*El campamento del perro*".

Según confesión propia, a los veintiún años, Blackwood era una especie de virgen disfuncional: no había tocado el alcohol ni el tabaco, pisado un teatro o las carreras, los billares o jugado a las cartas. Aunque no lo dice, se adivina que tampoco había conocido mujer. Todo eso iba a cambiar cuando en 1890 decidiera abandonar Inglaterra para instalarse en Canadá, donde se convirtió en granjero, cazador y, finalmente, llegó a regentar un hotel, arruinándose varias veces en el proceso, pero cayendo rendido ante las inmensidades del frondoso paisaje canadiense, que le serviría de escenario para muchas de sus historias. Después de su experiencia en la vida salvaje, el traslado a Nueva York, donde malvivió residiendo en casas de huéspedes, compartiendo cama, comiendo patatas fritas y panecillos empapados en salsa para matar el hambre, empeñando y desemepeñando su abrigo para aguantar el invierno y tener algunas monedas a la vez, le pareció un infernal contraste, y, como más tarde Lovecraft y antes Machen, desarrolló un profundo desprecio por la sordidez y el materialismo de la vida en las grandes urbes. Finalmente encontró un trabajo de reportero en el *New York Evening Sun*, que le enseñó el lado más sucio de la profesión periodística, pero que al menos, con su magro sueldo de tres dólares semanales, que redondeaba traduciendo obras del alemán y del francés, le permitió sobrevivir algo más holgadamente y asistir a las reuniones de la Sociedad Teosófica, frecuentando también

librerías, bibliotecas y la compañía de otros periodistas y escritores, si bien él distaba mucho de considerarse todavía a sí mismo como tal.

En 1899 retornó por fin a su Inglaterra natal, pero sólo para iniciar un largo periodo de vagabundeo por Europa, viajando y practicando el montañismo –como hiciera en otra escala Aleister Crowley–, visitando Italia, Francia, España, Austria, los Balcanes y Suecia. Los veranos de 1900 y 1901 los dedicó a recorrer el Danubio, experiencia que luego reflejaría en *Los sauces*, para recalar finalmente en Suiza, donde fijó su residencia. Años atrás, poco antes de su partida, se había convertido en miembro de una de las ramas de la original Golden Dawn, la más célebre sociedad mágica y ocultista británica del periodo, al igual que hicieran otros literatos como Yeats, la amiga de éste, Maud Gonnet, el astrónomo y autor de historias de brujería Brodie-Innes, a su vez buen amigo de Stoker, y el galés Arthur Machen, quizá el escritor de ficción fantástica con el que guarda más similitudes en muchos aspectos, tanto literarios como vitales.

Fue durante una de sus breves estancias en Inglaterra cuando, por consejo de un buen amigo, Angus Hamilton, se decidió a enviar a una editorial el fruto de sus esfuerzos como narrador. El resultado fue la publicación de un primer libro de relatos, *The Empty House and Other Ghost Stories* (1906), al que seguiría *The Listener and Other Stories* (1907), alcanzando finalmente un éxito notable y sorprendente con *John Silence, Physician Extraordinary* (1908), donde reunió las aventuras de su más conocida creación, el médico del alma e investigador del mundo psíquico John Silence. A partir de ese momento y hasta poco antes de su fallecimiento, Blackwood se convirtió en prolífico autor no sólo de relatos de ficción sobrenatural para revistas como *Pearson's Magazine*, *The Strand*, *The Pall Mall Gazette*, *Lloyd's*, *The Morning Post*, *The Occult* y un larguísimo etcétera que llega hasta la mismísima *Weird Tales*, sino también de

novelas místicas y esotéricas, de aires simbolistas, alquímicos, paganos y cabalistas, como *The Human Chord* (1910), *The Centaur* (1911) o *The Garden of Survival* (1918), entre otras, libros infantiles como *The Extra Day* (1915), *Sambo and Snitch* (1927) o *The Fruit Stoners* (1934), además de multitud de historias románticas, cuentos de crimen y misterio, un libro de memorias acerca de su juventud, *Episodes Before Thirty* (1923), que no hace referencia alguna a sus experiencias psíquicas, mágicas o paranormales tanto en la *Golden Dawn* como en el no menos célebre *Ghost Club*, al que también perteneciera, e incluso obras teatrales como *The Starlight Express* (1915), adaptación en colaboración con Violet Pearn de su novela *A Prisoner in Fairyland*, de 1913, cuya música incidental sería compuesta ni más ni menos que por James Elgar. Durante la Primera Guerra Mundial, Blackwood serviría primero en la Cruz Roja, para pasar más tarde a trabajar en el Servicio Secreto dirigiendo una red de agentes en Suiza y Francia, engrosando así la lista de autores de ficción ocultista que han desempeñado alguna función en el no menos oculto mundo del espionaje, como Hanns Heinz Ewers, Dennis Wheatley o el propio Aleister Crowley.

Pese a que la mayoría de aficionados y conocedores de su obra, incluyendo a su biógrafo Mike Ashley, coinciden en señalar que nunca volvería a alcanzar las excelencias literarias de sus primeros libros de relatos, entre los que destaca especialmente este que reúne las aventuras de John Silence, lo cierto es que la popularidad de Blackwood fue creciendo con el tiempo, gracias especialmente a que supo ganarse un nuevo público a través de la radio, convirtiéndose en narrador de audio-dramas basados en sus propios relatos a partir de 1934 –alguno de ellos puede escucharse todavía en viejas grabaciones que pululan por Internet, y resulta realmente curioso y hasta escalofriante escuchar la voz del fantasma radiofónico de uno de los autores de cuentos de fantasmas más famosos...–, y, después de so-

brevivir al Londres derruido por los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial, en pionero de la televisión, narrando sus historias en alguno de los primeros programas literarios de la BBC. Su última colección de relatos fantásticos originales, *The Doll and One Other*, fue publicada en 1949, mientras que sus memorias serían reeditadas con nueva introducción del autor y más ilustraciones en 1950. Un año después, Blackwood fallecía con 82 años de edad, tras haber vivido una existencia sin duda plena, rica y repleta de experiencias, tanto normales como paranormales, tanto físicas como metafísicas, sin despreciar nunca su pertenencia a todas las esferas de la creación. Las que están a nuestro alrededor y las que nos rodean invisibles, por arriba y por abajo, entretejiéndose con el universo tangible sin que seamos capaces de percibir las la mayor parte de las veces. Escritor, periodista, viajero, deportista, aventurero, fue también un genuino investigador de lo Oculto, casi precisa y exactamente como su personaje más popular, alter ego reconocido del autor, y del que nos ocuparemos ahora.

#### IV

Puede que John Silence no sea exactamente el primer detective de lo Oculto, pero si se permite a un viejo aficionado al género que sabe más por aficionado que por viejo expresar libremente su opinión, es el mejor. Le precede, desde luego, la seminal figura del Dr. Martin Hesselius, afortunada creación de Joseph Sheridan Le Fanu, que inspirara también a su vez el personaje del Dr. Abraham Van Helsing, la némesis del Drácula de Bram Stoker. Como ellos, Silence es un doctor, un médico del espíritu, a quien mueven por demás ideales altruistas que poco o nada tienen que ver con el trabajo de un detective privado o no de razón. Pero a diferencia de la mayoría de sus colegas, la

creación de Blackwood posee una peculiaridad que le es de ayuda fundamental para resolver sus «casos»: genuinos poderes psíquicos, que le permiten moverse a veces en el plano astral donde se libran las batallas por el alma de quienes acuden en su busca, así como mantener un contacto telepático o ultrasensible con sus clientes y con las fuerzas que les acosan. En este sentido, se parece más a un personaje del cómic moderno como el psicodélico Dr. Extraño, recientemente llevado a la pantalla (2016), que a colegas posteriores como Carnacki, el Duque de Richeleau o Jules de Grandin, quienes aunque sabios conjuradores e Iniciados, carecen, o al menos no han desarrollado en la misma medida, de las dotes psíquicas de nuestro personaje. Si bien lógicamente desprovisto de la parafernalia y el exótico vestuario del héroe de la Marvel –aunque no le son ajenos los secretos de poderosos estupefacientes alteradores de la conciencia como el hachís (el de entonces, claro)–, en varias de sus aventuras, como “Una invasión psíquica”, “La némesis de fuego” y “Culto secreto”, no resulta difícil imaginarle luchando en el medio astral en medio de tormentas de energía y visiones psicodélicas.

Por cierto que Blackwood, que no se privó tampoco de escribir con cierta frecuencia excelentes relatos de crimen y misterio que darían a su vez para varias antologías, también basó algunas características de Silence en el inevitable Sherlock de Conan Doyle, pero pese a las apariencias, se me antojan más las diferencias que las similitudes: nuestro médico del alma evidencia una mayor empatía con sus clientes, que son para él verdaderas víctimas, enfermos desahuciados por el resto de posibles médicos y doctores, hasta el punto de que sólo les queda la esperanza de acudir a un doctor de lo imposible, que el genial detective de Doyle. Aunque a veces se hace acompañar por un servicial y entregado ayudante, Hubbard, quien también se ocupa ocasionalmente de narrar sus aventuras, éste es un personaje errático, no siempre presente ni de gran importancia.

De hecho, al contrario que en el canon establecido por el binomio Holmes (héroe narrado) y Watson (ayudante narrador) e imitado hasta la saciedad, los relatos de Silence varían su voz narrativa según el caso, estando unos en primera persona, otros en tercera y combinando en algunos distintas perspectivas, al incluir una narración dentro de otra, como en "Antiguas brujerías". Es posible que esta indecisión por una u otra voz e incluso el sorprendente cambio de registro que ofrecen a veces entre sí los siete relatos del ciclo obedezca al hecho de que, en principio, se trataba de historias sobrenaturales con personajes ocasionales y diferentes, a las que Blackwood decidió dotar de un mismo protagonista, unificándolas así para su publicación en un solo volumen.

No podía haber tomado una decisión más acertada. Aunque algunas de las historias de Silence ya habían aparecido en revistas, su publicación en 1908 en un solo tomo, compuesto entonces por seis cuentos, le consagró de inmediato y para siempre como maestro del género, ganándole incontables seguidores, admiradores e imitadores. ¿Qué es lo que hizo y sigue haciendo de *John Silence, investigador de lo oculto* un libro tan fascinante e irrepetible? Bien mirado, Silence dista mucho de tener la personalidad exuberante y divertida de Jules de Grandin, el detective ocultista de Seabury Quinn. Sus casos son menos espectaculares, en términos esotéricos y terroríficos, que los protagonizados por Carnacki, el cazafantasmas de William Hope Hodgson, y desde luego resultan mucho menos trepidantes y exóticos que las aventuras del Richeleau de Dennis Wheatley o las desquiciadas y deliciosamente absurdas hazañas del Harry Dickson de Jean Ray, por no hablar de los personajes pergeñados por otros autores como Sax Rohmer, Manly Wade Wellman, Robert E. Howard y un largo etcétera, entre el gótico eduardiano y la explosión del *pulp*. La respuesta es, en realidad, muy sencilla: la exquisita pluma de su autor, su capacidad para describir poéticas ensoña-